

¿no es verdad? porque aprenderás á hacer flores, y tambien sabrás hacer tus vestidos, para lo cual tienes una escelente maestra en tu propia mamá.

Pero yo deseo que cuanto antes aprendas á hacer todo esto, para que cuando te presentes á tus amigas con un bonito traje muy elegante, muy sencillo y adornado con flores de tu mano, puedas decirles muy satisfecha, que todo lo has confectionado tú misma. ¡Qué bonito ha de ser esto, y cuánta satisfaccion deberá causarte! Pues bien, todo ello es fácil teniendo buena voluntad, y realiza mucho la educacion de una señorita, prescindiendo de otras mil ventajas que te traerá saber hacer todas estas cosas.

¿No ves con qué facilidad dispone y hace tu mamá tus propios vestidos? ¿no ves con cuánta economía? ¿cuánto se ahorra no teniendo casi que ocupar para nada á la modista? ¡Ah! si tú con el ejemplo que tienes en tu propia casa, no llegas á ser una muchacha muy laboriosa y bien aprovechada, no tendrás perdon de Dios.

En cuanto al bordado y otras labores de aguja, solo te diré, que es absolutamente indispensable que las sepa hacer una señorita como tú, con toda la perfeccion posible. Y en verdad que son trabajos que divierten á las jóvenes, á la vez que las hacen lucir, muy seguro estoy de que tú

llegarás á ser fuerte en todas estas obras de aguja; tus muestras son inmejorables y no temo que te falte voluntad ni empeño. Esfuérzate, pues; en hacerlo muy bien todo, que nunca te pesará, antes bien, tendrás que felicitarte mil veces de haber sabido aprovechar bien el tiempo.

CARTA VI.

Hemos hablado antes sobre el baile; y ahora quiero hablarte sobre los bailes, y tambien algo sobre el teatro. Apuesto á que deseas leer esta carta luego que has visto escritas las palabras "bailes y teatro," pues ellas suenan muy bien en los oidos de todos los jóvenes.

En efecto, un baile es una cosa muy bonita, y por lo mismo no es estraño, sino por el contrario, muy natural, que los bailes gusten mucho, á la juventud especialmente.

Uno, dos ó mas salones adornados con lujo y elegancia, profusion de luces, muchas flores, música, suaves y deliciosos aromas, ricos manjares, espumosos vinos despues, y en medio de todo este conjunto en extremo halagador, muchas se-

fioras y caballeros de todas edades, clases y condiciones, todos en traje de lujo, bailando y tratándose, sobre todo, con una familiaridad desconocida para los mismos fuera de aquellos salones. Pues bien: este es en pocas palabras un baile; y se comprende bien que una noche pasada en una de estas reuniones sea muy agradable; pues sin embargo, yo te aseguro que no es muy conveniente, especialmente para las señoritas, frecuentar esta clase de diversiones, porque detrás de aquel lujo, de aquellos aromas, de aquellas luces y de aquellas flores, se ocultan algunas espinas; se encuentran no pocos disgustos y sinsabores. En mi juventud, frecuenté bastante esta clase de diversiones, y pude por mí mismo convencerme de esta verdad. Yo te podría dar acerca de esto esplicaciones que no te dejarían duda de lo que te digo; pero ello será mas tarde, porque por ahora, no creo conveniente entrar contigo en mas esplicaciones á este respecto.

No te diré otro tanto de esas pequeñas reuniones de familia y de gente escogida, donde se canta, se toca y se baila tambien. A esa clase de tertulias familiares sí se puede ir sin peligro, sobre todo, cuando las señoritas van acompañadas de sus padres ó superiores, como deben ir siempre todas las jóvenes á esta clase de diversiones.

Y á propósito de bailes, voy á referirte una

escena que presencié hace pocos dias, porque me parece que viene bien en este lugar.

Me encontraba yo en el Restaurant de la «Concordia,» tomando un helado en compañía de un amigo, el dia siguiente á aquel en que tuvo lugar el último baile de la Lonja, cuando llegaron y se sentaron en una mesa inmediata seis jovencitos ó «pollos,» como ahora se les llama: como ninguno de ellos me conocia ni tampoco á mi amigo, comenzaron á charlar desde luego y á pedir sus respectivas copas.

«Deliciosa, (decia uno) estuvo para mí la noche; cuatro veces bailé con *Pepa* y dos de ellas hizo droga á un alémancito que era sin duda el dueño de aquellas piezas, pues que el grave germánico las tenia bien anotadas en su etiqueta; cierto es que mas tarde hizo la niña otro tanto conmigo prefiriendo á Fernando; pero, qué importa? váyase lo uno por lo otro: yo bailé con ella cuatro veces en la noche, quedándome por conclusion con buenos trofeos de mi victoria; díganlo si no estas flores y este guante que tengo el honor de presentar á ustedes.

A ver, á ver, venga todo acá, dijo otro de los «pollos,» cuando el primero iba sacando de la bolsa de la levita unas cuantas flores de trapo y un guante. «Vaya unas manazas que tiene la niña, dijo otro de los «pollos» [tomando de la

mesa el guante] «voto, [dijo otro tomándolo también á su vez], porque hagamos de este guante cinco partes, para que llevando una cada uno de nosotros, podamos esta tarde saludar á su antigua propietaria en el paseo, presentándole cada cual su respectiva fraccion.» «Aprobado, aprobado,» dijeron todos, y el guante quedó en efecto hecho cinco pedazos; pero ninguno de aquellos mozalvetes se ocupó de tomar la parte que le correspondía; de manera, que cuando de allí se marcharon, el criado tuvo que tirar á la calle tanto los pedazos del guante como las susodichas flores, pues todo habia quedado esparcido por el suelo.

Pues yo, dijo otro de aquellos jovencitos, no estuve muy feliz anoche, porque aunque mi amable Carolina estaba contenta hasta el extremo, yo me encontré allí con Lupe, cuyos ojos me hacen pedazos, y tienen ustedes, que por ocultarme de la una y hacer la corte á la otra, con ninguna hice cosa de provecho en toda la noche; y lo peor del caso es, que como Carolina es viva y conoció perfectamente lo que pasaba, sin mas esplicaciones se ha servido darme mi licencia absoluta, segun esta carta que acabo de recibir hace media hora, y al decir esto, aquel jovencito puso sobre la mesa un pequeño billete, que uno de los otros se apresuró á tomar y leer en

voz alta en medio de la risa de todos los oyentes, incluso mi amigo y yo, que algo pereibimos, porque no hay duda de que esta clase de epístolas, que tan indiscretamente escriben algunas niñas, por lo menos tienen el mérito de hacer reír á cuantos las leen.»

Pues yo, amigos míos, dijo otro de los pollos, á todas les dije mil primores, para cada una tuve una flor, si no un ramillete, y de aquí es que anoche pude lograr una buena cosecha: Carolina, la sentimental, la romántica Carolina, bailó conmigo tres veces, y lo que es mas, me dijo que era yo muy simpático: Margarita me invitó para sentarme á su lado y me obsequió con un pensamiento que quitó de su l ouquet, el cual lucí por cierto toda la noche en el ojal de la casaca; Amelia, la espiritual, la graciosa Amelia, al pasar yo por en frente de ella cuando estaba cenando, me enseñó su copa llena de champagne y bebió: claro es, brindó por mí. Enriqueta me dijo que era yo un atronado, un loco, un calavera, pero bailó cinco veces conmigo: esto quiere decir algo.

Y bien, exclamaron á una voz los demas pollos que ofan sin chistar la relacion de su amigo. ¿Y tú que hiciste, que la dijiste? Yo, lo que soy yo, respondió sin vacilar el interpelado, me ref mucho y me divertí mucho con todas, cené bien,

bebí mejor y abur, hasta el siguiente baile que haré otro tanto contando con la benevolencia de mis buenas amigas.

¿Y Alberto? Veamos, dijeron dos de los de la reunion, dirigiéndose á uno que hasta entonces habia guardado silencio. ¿Qué nos dices, cómo te fué en el baile?

Mal, muy mal, contestó el tal Alberto, que era por cierto un pollo bastante bien parecido. Figúrense ustedes que mi niña es muy cerrera, vamos, incapaz: desde que en el último baile del Casino le dije mi atrevido pensamiento, no quiere para nada hacerme formal; con mucha finura, sí, con la mayor amabilidad del mundo, es verdad; pero el caso es que me despacha con la música á otra parte, cada vez que emprendo mi ataque, y esto me carga, me fastidia.

¿Y qué diablos querias que hiciera contigo esa buena y graciosa niña, [dijo el que con todos refa y se divertía] si tuviera el mal gusto de corresponderte? ¡Vamos! que la tal pollita no es nada boba. Y en prueba de ello; propongo un brándis por ella. Ea, amigos, á la sensatez, á la discrecion de la desdefiosa niña de Alberto. Todos aceptaron, y todos tambien vaciaron sus copas, retirándose en seguida del Restaurant tan contentos como habian entrado media hora antes.

Y bien, hijita, qué te ha parecido mi cuento?

Ves cómo se portan los pollos? cómo se divierten y aun se burlan de las niñas que los favorecen? Mal hacen sin duda, las que con su conducta ligera y poco reflexiva, dan lugar á que se burlen de ellas los jóvenes, pero las que llevan la broma hasta escribirles, no tienen disculpa ciertamente; porque, en fin, las palabras se las lleva el viento, segun se dice; pero lo que queda escrito en el papel de letra y puño de la interesada? ¡Ah! estos billetitos que con tanta facilidad como poca reflexion, suelen escribir las niñas á sus amantes, es muy fácil que un dia les causen gran pesadumbre, y esto sin perjuicio de que en todo caso sirvan para que cuantos los lean, se burlen de sus inocentes autoras.

Yo espero que tú serás siempre bastante juiciosa, para no incurrir en faltas de esta especie, tan impropias, por otra parte, de las niñas bien educadas.

En cuanto al teatro, debo decirte, que aunque generalmente se dice que es la escuela de las buenas costumbres, hay muchos que creen precisamente lo contrario, y á esta opinion me adhiero, especialmente en la época en que atravesamos, en que todo lo inmoral está de moda.

Pero sea de ello lo que se quiera, el hecho es que tú has de ir algunas veces al teatro y por es-

to te voy á dar algunos consejos que espero te serán útiles.

Una señorita juiciosa y bien educada debe em-
pesar por tomar una postura natural y elegante
á la vez; no cargándose demasiado sobre el res-
paldo de su silla, ni presentándose tampoco tan
tiesa que parezca una estatua, no; la postura de
una señorita en el teatro, debe ser como te dije
antes, natural y elegante á la vez; estudia bien
la que tú debas tomar, para que llegado el caso,
no te equivoques.

La vista de una señorita debe estar fija sobre
el escenario durante la representacion, y cuan-
do la separe de él para ponerla en otros objetos,
no deberá ser por mucho tiempo, ni mucho me-
nos fijando la vista sobre un objeto determinado
cualquiera que sea. Permitido le es sin duda á
una señorita, ver para todas partes; pero bueno
será que no se fije demasiado en alguna.

Las señoras en el teatro deben tener presente
que hay muchos ojos que observan sus mas pe-
queños movimientos, sin que ellas puedan no-
tarlo y por lo mismo están obligadas á permane-
cer siempre de manera que nada pueda en ellas
criticarse, con razon á lo menos.

Cuando en la representacion pase algo que
pueda ofender el pudor de las señoras, estas de-
ben tomar una actitud seria únicamente, sin ha-

cer otra manifestacion de desagrado que podria
tal vez traducirse por gazmoñería.

Te diré, en fin, que sí es verdad que en el tea-
tro, mejor tal vez que en otra parte pueden cono-
cerse las jóvenes de poco juicio ó de mala educa-
cion, tambien lo es que á las señoritas verdade-
ras, á las jóvenes juiciosas y bien educadas se
les descubre á primera vista.

Tú deberás siempre y en todas partes procurar
que tus movimientos, tus miradas, tus maneras
y tus palabras sean las que corresponden á una
señorita distinguida; pero cuando te presentes
en público, deberás procurarlo aun con mayor
empeño; que sea esta una regla general para tí.

Demasiado larga se ha hecho ya esta carta,
pero yo creo que no te habrá cansado su lectura
y sobre todo que sacarás mucho provecho de ella
si sabes aprovechar los buenos consejos que
te da tu papá.

CARTA VII.

Vamos si te parece á hablar algo sobre el ves-
tido y adorno de las señoras.

Generalmente hablando, las mujeres sienten

una inclinacion irresistible por todo lo que tiene relacion con el adorno de sus personas; á mi me ha sucedido no pocas veces encontrarme conversando con señoras, sobre cosas importantes ciertamente para ellas, y todo se ha acabado luego que ha llegado una costurera con algunos libros de muestras de sedas y de musolinas; la modista y el zapatero son personajes para ellas de la mayor importancia.

Este es un hecho que pasa todos los dias y en todas las casas, y un hecho, que á decir verdad, no hace mucho favor al bello sexo. Que las señoras piensen en vestirse y adornarse lo mejor posible, que busquen con empeño las mas bonitas telas para hacerse ó mandarse hacer sus vestidos; que soliciten los mas bonitos adornos, y el mejor zapatero, y la modista de mejor gusto; todo esto está en el órden, porque el adorno, el buen gusto y la elegancia hacen sin duda parecer mucho mejor á las señoras, y esto es natural que todas lo deseen; pero ese delirio, ese furor, esa especie de enfermedad que tienen muchas mujeres por los trapos y por el adorno de sus personas en general, es preciso convenir en que merece ser criticado y tambien en que las que en tal defecto incurren, no manifiestan tener mucho seso, ó mas claro, deben ser muy superficiales, y por consecuencia no pueden ser mujeres de

mérito, por mas que así lo deseen y aun lo crean algunas de ellas.

Procura tú por tu parte no ser del número de las que deliran con las sedas, los encajes y las modistas; has lo posible por vestirme con gusto y elegancia, pero no te ocupes de ello demasiado, porque si bien es cierto que el vestido y la compostura hacen aparecer mejor á las señoras, y que la negligencia y el abandono son imperdonables en ellas, tambien es ciertísimo que el buen juicio, la discrecion y las gracias personales tienen mucho mas atractivo, mucho mas valor que el mas bonito vestido hecho por la mejor modista y los adornos mas bien escogidos; sobre todo, piensa que todo puede hacerse sin exajeracion, pues que *los extremos son siempre viciosos*; aplica esta regla á todas tus cosas, y nada te saldrá mal.

En cuanto á la elegancia, respecto al traje de las señoras, no hay que confundirla con el lujo, pues son cosas diversas una y otra. La elegancia, que no es otra cosa que el buen gusto, se lleva muy bien con la sencillez, y la prueba es que todos los dias vemos en los paseos, en los teatros y en las tertulias, señoras vestidas con mucho lujo, y sin embargo no las encontramos elegantes; por el contrario, una señora vestida con sencillez pero con muy buen gusto, parece mejor

infinitamente que la primera. Cuando las señoras se visten con demasiado lujo, pero sin gusto, llenándose de adornos y aun de alhajas, sin comprenderlo se convierten en simples aparadores, lo que no es muy apetecible que digamos. La cargazon de adornos en el traje de una señora es de pésimo gusto, y por consecuencia nada elegante. Por regla general te diré, que en este punto vale mas pecar por carta de menos que de mas, un escritor que se ha ocupado mucho de las mujeres, dice á este respecto. "La abundancia de adornos será siempre un recurso y los recursos son para las necesidades.

Es, pues, preciso que tengas mucho cuidado para no caer en este defecto que perjudica tanto á las señoras; quienes fácilmente se equivocan tratándose del adorno de sus personas, pues el deseo de parecer bien las ciega y las conduce sin pensarlo á lo contrario de lo que desean.

¿Habria si no señoras que hicieran uso de la pintura que tan feo papel les hace representar á las desgraciadas que la gastan?

Tambien es preciso que sepas que la finura y distincion en las maneras, y el porte en general elegante, cooperan mucho al lucimiento del traje de las señoras; de aquí es, que es necesario que no solo procures vestirme con gusto y sencillez, sino tambien adquirir maneras distingui-

das, lo que no te será difícil, puesto que esto se adquiere con el trato continuo de gente fina y de buen tono.

Vaya un consejo que no va mal en este lugar. Que tu primer cuidado al dejar la cama por las mañanas, sea el de asearte y vestirme de manera que puedas presentarte á cualquiera persona. Jamas salgas de tu dormitorio, ni menos te presentes á las gentes con el pelo en desorden y desaseada; es indispensable antes de que una señora se presente *aun á los de su propia familia*, que haga un *mi-toilette* como dicen los franceses: sigue este consejo con escrupulosidad *siempre*, entiendes bien? siempre, que muchos bienes puede traerte, yo te lo aseguro. Por otra parte, ¡es tan fácil hacer esto! todo el trabajo es adquirir la costumbre: Procura adquirirla, hijita; mira que mucho provecho puede resultarte de ello, y mucho mal si haces lo contrario.

Tambien es necesario que procures dejar la cama temprano, y no permitas que nadie te vea antes que dejes tu gabinete de dormir. *En cualquiera edad y estado* de la mujer le será conveniente hacer esto: mucho te encargo que sigas escrupulosamente este buen consejo con el cual doy por concluida la presente carta.

Quiero tambien decirte algo sobre alhajas de valor; por las cuales deliran las mujeres, y aun los

hombres muchas veces; y pardiez que no es porque ellas hagan aparecer á las mujeres mas bonitas, sino porque alhagan su vanidad, esta es la verdad; pero sea de ello lo que fuere, el caso es que se tiene mucho interes en llevar alhajas, especialmente á las grandes reuniones, y yo he visto hacer muy costosos sacrificios á los maridos y á los padres de familia por dar y darse gusto en esta parte.

Si algun dia tienes ricas alhajas, se muy económica al usarlas, pues aquellas señoras que usan mucho de ellas, dan lugar á que se les crea vanidosas, y sobre todo, es de mal gusto: las que las tienen, deben sin duda lucirlas, pero solo en casos determinados, y nunca con profusion.

Jamas te pongas alhajas que no sean tuyas, pues las señoras que lo contrario hacen, ademas de vanidosas hacen el papel de tontas.

A propósito de esto, voy á referirte lo que pasó, no ha mucho tiempo, con una señora apreciablesima, sumamente discreta y ademas jóven y hermosa.

Se disponia esta dama para ir á un gran baile y se empeñaban á porfia dos de sus hermanas, ambas casadas y ambas poseedoras de buenas alhajas, en que aquella llevara las mejores al baile; nuestra dama se escusaba de la manera mas fina, pero al fin tuvo que consentir en llevar algunas,

que á la hora precisa, entiendo que todavia se disminuyó algo. Pues bien, hablando sobre esto mas tarde la misma dama con una persona de su confianza, le decia: "Yo no quiero ni debo ponerme alhajas que no sean mias, y las razones que para ello tengo, son estas: Estoy casada con un hombre excelente pero que no es bastante rico para regalarme alhajas de valor, que por otra parte no apetezco en verdad. Aquellas personas que me conocen y saben que no tengo alhajas ¿qué dirán al verme adornada con las ajenas? Dirán por lo menos, que tengo mucha gana de tenerlas propias; tal vez que soy vanidosa, y otras cosas por el estilo. Y las que no me conozcan pero sí á mi marido ¿qué dirán? Tal vez que yo le he obligado á hacer muchos sacrificios para proporcionarme tan ricas joyas, y quien sabe, si habrá alguno que esclame: ¡Pobre marido! se va á arruinar con semejante mujer. ¡Qué verguenza!"

Y mi propio marido, seguia diciendo la dama, ¿qué juzgaria de todo esto? ¡Ah! esta es la parte mas sensible para mí: mi excelente marido con cuya poscion vivo orgullosa, se entristeceria por lo menos al verme contenta con aquellas joyas, y se entristeceria no por otro motivo sino porque no podia darme unas semejantes, puesto que me quiere entrañablemente.»

“Y bien ¿á costa de tanto sacrificio deberé dar gusto á mis buenas hermanas que por el carifio que me tienen se empeñan siempre en que me adorne yo con sus alhajas? Ellas me dicen que debo considerarlas como mias y otras cosas por el estilo, que en mi corazon les agradezco, pero que no es sin embargo razon bastante para que pueda olvidar mis mas sagrados deberes, y aun mi propia conveniencia que está intimamente ligada con aquellos.»

¡Cuánto buen juicio y cuánta discrecion! ¿no, hijita?

Pues lo mismo que sucede con las alhajas, sucede con los trajes en general: aquellas que quieren ponerse mas de lo que su respectiva posicion les permite, pretendiendo así aparecer ricas sin serlo, hacen un mal papel, pues si uno admira el lujo y la elegancia de su traje, muchos la critican, diciendo tal vez: es increíble cómo puede esta señora gastar este lujo, cuando su marido [ó su Padre] es bien pobre, etc. etc.

Nada, hijita, cada cual debe presentarse lo mejor que pueda sí, pero arreglado siempre á sus recursos; lo demas es una locura y ademas una tontera. Cuida tú siempre de no incurrir en faltas de esta especie, y harás perfectamente.

CARTA VIII.

Uno de los enemigos mas temibles que tiene el hombre, hijita, es la ociosidad. En efecto, una persona ociosa, cualquiera que sea su edad, su sexo y su posicion en la sociedad, está espuesta á muchos males; jamas la ociosidad conduce á nada bueno, y sí es á menudo causa de muchos de los disgustos y aun desgracias que vienen sobre las gentes; por esto se dice con sobrada razon, que «la ociosidad es madre de todos los vicios.»

Mas afortunadamente, contra esta desgracia que nos puede venir á todos, tenemos á la mano un remedio eficacísimo, y es *procurar siempre tener bien ocupado nuestro tiempo*; y el que usa de este remedio, ó mejor dicho, de este antídoto ó preservativo contra la ociosidad, puede cantar victoria; puede estar seguro de que estará libre de aquella plaga que tanto le puede dañar; así pues, procura estar siempre ocupada para no temer ni remotamente tan grande desgracia: sea cual fuere tu edad, tu posicion y tus circunstancias, procura tener ocupado el tiempo; es un consejo importantísimo que te doy y que te encargo mucho no olvides jamas; así no podrás ser

nunca sorprendida por la ociosidad, que tantos males puede traer sobre tí.

Por ahora, tienes bastante que hacer, puesto que de lo que te ocupas es de perfeccionar tu educacion; sin embargo, mientras mas tengas en qué ocuparte, será mejor, y al efecto, voy á hablarte de una ocupacion muy divertida y bonita para las señoras: me refiero á las plantas y á los pájaros. Yo creo que tú no tienes inclinacion por estas cosas, y es preciso que la tengas, porque ademas de ser una ocupacion sumamente agradable, se presta á consideraciones muy hermosas y de provecho.

¿Quién no se admira, en efecto, al contemplar esas hermosas y variadas flores que adordan nuestros jardines y corredores? ¿Quién no se deleita con su fragante aroma? ¿Quién no contempla con verdadera admiracion cómo salen las plantas de la tierra, cómo van creciendo casi á nuestra vista, y cómo se cubren despues de primorosas y variadas flores?

Pues ¿y los pájaros? especialmente los canarios que son tan bonitos, tan simpáticos, ¿no te admira cómo se multiplican, cómo cuidan las madres de los hijuelos, cómo forman sus nidos, y en fin, cómo hacen dentro de la pajarera cuanto es necesario para su conservacion y bienestar?

¡Ah! es preciso que tu seas amiga de las flores

y de los pájaros; y al efecto, voy muy pronto á poner á tu disposicion una bonita pajarera con los correspondientes canarios. Cuando una señorita llega á tener verdadero gusto y distraccion con estos placeres domésticos, tan inocentes como agradables, de que puede gozar sin salir de su casa, ha ganado mucho y jamas está ociosa, ni se fastidia, pues á ellos ocurre cuando no tiene que hacer cosas de mayor utilidad, y así se evitan las jóvenes muchos malos ratos, y sobre todo, así se acostumbra á estar divertidas y contentas dentro de su propia casa y no siempre deseando salir á la calle, ó asomarse al balcon, del que te diré entre paréntesis, que debes hacer un uso moderado; nada hay que vulgarice mas á las jóvenes que el encontrarlas á toda hora en la calle ó asomadas en su balcon; pon cuidado, observa con atencion, y encontrarás que las jóvenes mas distinguidas por su buena educacion y juicio, hacen muy poco uso del balcon y no se ven continuamente por la calle. Pero esto no quiere decir que es malo que las señoritas se presenten en el balcon y salgan á la calle, no; lo que es malo es el abuso, es decir, que se asomen demasiado al balcon y que se las vea continuamente paseando.

Tú procura siempre estar ocupada y entretenida dentro de tu casa, y mucho ganarás con

ello. No olvides nunca los buenos consejos que te da tu papá.

CARTA IX.

Tú tienes mucha afición á la lectura, y yo me alegro mucho de ello, porque así no te quedarás tan ignorante como otras; pero es el caso que los libros son como los hombres, es decir, los hay buenos y malos, y tanto bien puede hacer la lectura de los primeros, como daño la de los segundos.

Generalmente se dice, y se dice con razon, que el mejor amigo es un buen libro; pero tambien es cierto que el peor, el mas temible enemigo, es un mal libro: y ¡ser preciso leer para saber algo, para instruirse y aun para pasar agradablemente algunas horas de la vida! ¿pues qué hacer en tal caso? Respecto á tí, que es de quien ahora se trata, la cosa es tan fácil como sencilla: lee; pero *no leas jamas un libro sin consultar antes con alguna persona instruida y juiciosa*; esta es regla infalible; obsérvala siempre, y no tengas temor de que te perjudique la lectura.

Acontece muchas veces, que una amiga ú otra

persona poco instruida, con la mejor intencion del mundo, le alaba á uno tal ó cual libro, cuya lectura recomienda mucho; y no pocas veces aun se lo ponen á uno en las manos: esto va á sucederte á tí probablemente. Pues bien, tú oirás los elogios que se te hagan del tal libro y admitirás con agradecimiento la oferta que se te haga del mismo, si se te hace; *pero no lo leas* si no tienes antes una opinion competente; y mientras yo viva, ninguna lo será mas que la mia, porque ninguna persona en el mundo puede tener el interes que yo tengo por tí.

Voy á darte otra regla que tambien te será muy útil: *No leas novelas*. Las novelas no son otra cosa que un bien ó mal urdido cuento donde con mas ó menos talento y habilidad se procura entretener la imaginacion del lector á fuerza de mentiras, que mezcladas alguna vez con uno ú otro hecho verdadero, vienen á hacer una ilusion completa. De aquí que las jóvenes, que generalmente toman muy á lo sério todo lo que leen en tales libros, llenan su cabeza con mil ideas extravagantes, y se vuelven locas, ó románticas que es lo mismo, lo cual es una verdadera desgracia.

Las novelas generalmente son inmorales, y por lo mismo su lectura no puede menos que hacer gran daño á las jóvenes, y no pocas ve-

ces pervertirles el corazon; pero aunque esto no fuera, el menor mal que puede resultar á la persona que lee esta clase de libros, es que pierde miserablemente el tiempo; y esto, cuando hay libros tan útiles, tan buenos y tan divertidos á la vez, no tiene perdon.

Hay tambien, hijita, otra cosa tan perjudicial para las jóvenes como los malos libros, y son las malas amigas.

«Dime con quién andas, y te diré quién eres,» se dice, y no hay cosa mas cierta.

En efecto, una joven juiciosa, fina, bien educada; en fin, una joven de buenas circunstancias, y virtuosa, sobre todo, ¿qué mal puede hacer á sus amigas? Ninguno ciertamente, y sí mucho bien, porque con su ejemplo y con sus buenos consejos no podrá hacer mas que bien, y aun su simple compañía hará ganar mucho á sus amigas.

Por el contrario, una joven de poco juicio, ignorante, atolondrada, orgullosa tal vez; una joven, en fin, de malas circunstancias, como hay muchas, puede hacer mucho mal á aquellas que elija por amigas; y esto se comprende perfectamente. ¿Qué consejos, qué opiniones, y qué ejemplo podrá dar una joven alocada, que no piensa en nada sério y que se ocupa únicamente del tocador, del paseo y de los bailes?

Nada, hijita, en cuanto á amigas, poco y bueno; es decir: ten pocas amigas y estas que sean escogidas; y cuando te veas precisada á tratar á alguna joven, cuya conducta no sea satisfactoria, trátala sí con amabilidad y finura siempre, pero procura desviarte de ella. En una palabra, no permitas que se haga tu amiga, para lo cual encontrarás mil expedientes.

Tambien debo decirte otra cosa respecto á amigas, y es que no es conveniente tenerlas *íntimas*, es decir, esas con quienes se tiene una ilimitada confianza; no, esto no es conveniente: bien puede quererse mucho á una amiga de cuya bondad y cariño vive uno satisfecha; pero bueno es siempre no llevar las cosas al extremo, porque *los extremos son siempre viciosos*. Esas amistades íntimas, especialmente entre señoras, tienen generalmente mal resultado; y bueno es, que experimentando en cabeza ajena busquemos oportunamente el remedio para aquel mal.

Con que tenemos, que no se debe leer ningun libro sin tener antes la opinion de una persona juiciosa ó instruida. No deben leerse novelas, porque lo menos que se pierde con su lectura es el tiempo que para tantas cosas útiles necesitamos, no se deben tener muchas amigas, y las que se tengan deben ser muy escogidas: no conviene, en fin, tener amigas íntimas.

Ten siempre muy presente lo que en esta carta te he dicho, que es de la mayor importancia para tu bien; y cuando tengas en la mano un libro, ó estés á punto de hacer amistad con alguna jóven, acuérdate de mis consejos á este respecto.

CARTA X.

Mil veces habrás oido decir que tal ó cual cosa debe ó no debe hacerse por el qué dirán, y tambien habrás oido replicar á esto con éstas ó semejantes palabras: «poco importa lo que las gentes puedan decir obrando uno bien.» A mí me parece que esto merece una esplicacion, y voy á hacértela.

Sujetar uno sus acciones todas á ese «qué dirán» que tanto temen muchos, parece que es una exigencia injusta de parte de la sociedad, y una insoportable servidumbre por otra parte. Pero conformarse con obrar bien y no cuidarse para nada de lo que las gentes puedan decir de uno, creo que tampoco debe ser. Acuérdate de lo que muchas veces te he dicho y te he de repetir hasta el fastidio: *«los extremos son siempre viciosos.»* Si bien no parece justo ni debido que estemos

siempre pendientes del qué dirán, tampoco es razonable ni prudente que no nos cuidemos de él para nada, conformándonos tan solo con obrar bien. Voy á ponerte algunos ejemplos para que me comprendas mejor.

Supongamos que te encuentras en un baile con un jóven amigo íntimo de tu familia y de toda confianza, pues su buena conducta no deja nada que desear; tú que le tratas en tu casa con la mayor familiaridad, quieres hacer otro tanto en el baile; le llamas para que te acompañe á visitar los salones; despues le vuelves á llamar para que te lleve al tocador; mas tarde para que te conduzca á la cena; le das á guardar tu abanico mientras bailas; y en fin, usas con aquel jóven de mucha confianza, ni mas ni menos que como lo haces en tu propia casa en presencia de tus mismos padres.

Mas llega á tí entonces una de tus amigas de mas edad que tú, y por consecuencia mas conoecedora del mundo, y te dice al oido: «mira, no uses demasiada confianza con ese jóven cuando estés en sociedad, porque no sabiendo la mayor parte de las gentes que te ven, los motivos que tienes para obrar así, van indudablemente á creerte una muchacha aturrida y lijera y tal vez creerán que estás de él enamorada. Yo sé muy bien, te agrega, que tu conducta es buena, es